

El Criado de los Dioses

Por

Vladimir Bustóf de la Sousa

Publicado por la Editorial Bubok
1º edición septiembre de 2010

Corrección: Mario Martín Delgado
Maquetación: César Martín Delgado
Diseño de portada: César Martín Delgado
Diseño y creación imágenes interiores: César Martín Delgado

Todos los derechos reservados

Si deseas reproducir completa o parcialmente esta obra, ponte antes en contacto conmigo por medio del mail: vbsvbs@gmail.com para definir los conceptos

*A mi familia y especialmente
a mi padres.*

*El supremo arte de la guerra es
doblegar al enemigo sin luchar.*

Sun Tzu

Indice

<i>Mi Historia</i> -----	11
<i>Capítulo 1: El Pueblo</i> -----	29
<i>Capítulo 2: El Trabajo</i> -----	47
<i>Capítulo 3: La Explicación</i> -----	55
<i>Capítulo 4: El Engaño</i> -----	69
<i>Capítulo 5: La Torre del Pasado. (1)</i> -----	79
<i>Capítulo 6: El Recién Llegado, David (1)</i> -----	93
<i>Capítulo 7: La Torre del Pasado. (2)</i> -----	99
<i>Capítulo 8: El Recién Llegado, David. (2)</i> -----	111
<i>Capítulo 9: La Unión</i> -----	119
<i>Capítulo 10: La Traducción</i> -----	129
<i>Capítulo 11: El Plan</i> -----	139
<i>Capítulo 12: El Cambiazo</i> -----	151
<i>Capítulo 13: El Regreso</i> -----	163

Mi Historia



Me despierto en la cama con las sábanas medio pegadas al cuerpo por el sudor. Me levanto con cuidado, pero no puedo evitar la conocida punzada en la espalda. Cojo las muletas y voy al baño. Abro el armario y me tomo un calmante para poder dormir el resto de la noche. Vuelvo a la habitación y miro la hora. Son las 4:15 de la madrugada. Me acuesto. Al cerrar los ojos, vuelven las imágenes del pasado a mi cabeza.

Estoy en el bar “Tan Tam”, disfrutando de una jarra de cerveza, mientras Luismi me está acosando con revistas y mapas en los que aparecen los Pirineos franceses.

— Es el momento perfecto - dice Luismi entusiasmado - tenemos dinero, tenemos tiempo y tenemos ganas.

La verdad es que llevábamos mucho tiempo detrás del desafío del Espalda del Aneto. Conocíamos la zona bastante bien, ya que habíamos subido a otros picos que le rodean, como el Margalida, por su cara norte, y el Tempestades, por la noroeste. La vía que quería hacer Luismi, era la más difícil. Él siempre actuaba así, cuanto más difícil, más divertido. Yo, por el contrario, siempre he sido más reservado, y no me gusta arriesgar mi vida más de lo necesario. Aún así, acepto el reto.

Los picos Margalida y Tempestades, los hicimos con 2 colegas más, pero en esta ocasión, sólo estábamos Luismi y yo.

Él tenía mucha experiencia en alta montaña, en cambio yo, me había especializado en la escalada deportiva. En ésta, se escala sólo con tus pies de gato y tus manos, sin utilizar estribos, clavos, maza, u otros utensilios para subir las vías.

Recuerdo cómo nos conocimos cerca del Yelmo, en la Pedriza, 5 años atrás. Yo escalaba en Búlder, y él estaba probando unos fisureros y unos estribos en solitario.

Me encontraba en un paso en el que tenía que balancearme y saltar a un agarre que se encontraba a unos 2 metros. Luismi me observaba, sin yo percatarme, en mi difícil intento. En realidad, había hecho ese paso un montón de veces y no creía necesario un portero, gran error por mi parte.

Luismi, bajó al suelo un par de segundos antes de que yo saltase y se puso debajo de mí sin yo verle. Balanceé el cuerpo un par de veces y me lancé decidido. Conseguí llegar, pero el agarre cedió separándose de la pared.

Luismi me cogió por la cintura y me desvió restando peso a mi caída. Además, gracias a él, no aterricé sobre un grupo de rocas, al que hubiera ido de espaldas.

Me levanté aturdido por lo ocurrido. Luismi se presentó, aclarando que había estado probando esa regleta antes de que yo llegara, y sonaba demasiado hueca. Más tarde, bajamos al bar, tomamos unas cervezas, nos intercambiamos los teléfonos y pasados unos meses, ya estábamos metidos en un viaje al Pirineo aragonés, para subir a mi primer pico, el Bisaurín de 2.669 metros.

Hasta entonces, mi escalada había sido en roca, seca, zonas equipadas con chapas y algunos rocódromos.

Para no variar, Luismi eligió la vía más larga y complicada. Los demás colegas accedieron por vacilar con el nuevo, que era yo. La vía en cuestión era Magnum, con 355 metros y un desnivel máximo de 85°, una pasada para ser la primera vez. Cuando terminé la vía, estaba totalmente decidido a no repetir la experiencia, pero cuando volvíamos en el coche, tuve la extraña y nueva sensación de querer volver a subir. Luismi ya tenía preparada otra ascensión, en ella superaríamos los 3.000 metros de altitud.

El lugar era Suiza, en el poco conocido pico Fletschhorn, con

3.996 metros como siempre por la vía más larga, en este caso la nueva GAME, con nada más y nada menos que 800 metros. Por diferentes motivos me perdí ese viaje, el principal fue el dinero. Luismi siempre había tenido de todo. Con ello no quiero decir que fuera un pijo, pero nunca se pagó ningún viaje con su dinero, siempre se lo pedía a sus padres. Yo también se lo pedía, pero los míos no tenían tanto. Otro motivo, era el trabajo que recientemente había conseguido, gracias a mi tía, en una pastelería.

Me tomo la media jarra que me queda de un trago y salgo del “Tan Tam” seguido por Luismi y su montón de papeles.

Me golpea en la cabeza con estos mientras corre de espaldas, bromeando. De pronto se para en seco, con los brazos extendidos hacia mí y dice:

— ¡Vale, vale ja ja ja!...Mañana vente a mi casa para ver el material, que seguro que ya no sabes ni lo que es un pitón - *Dice riendo mientras me da otro toque con los papeles. Yo respondo intentándole dar alcance pero sale de nuevo corriendo despidiéndose.*

— ¡No te olvides!

Llevaba ya casi un año sin ir a la montaña, y Luismi me lo recordaba cada vez que nos veíamos. Faltaba una semana para que me diesen los 20 días de vacaciones que había pedido esta primavera, que concretamente empezaban el 22 de mayo de este mismo año, 1995.

Al día siguiente, según salgo del trabajo, voy a casa, cojo todo el material que creo necesario para repartir entre los dos, y me voy pensando que lo más seguro, es que nos faltasen clavos.

Al llegar a la suya, alucino por la cantidad y calidad de las cosas que tenía expuestas en la cama. Decido no sacar las mías.

Tenía un novedoso y caro teléfono móvil Motorola StarTAC de Moviline, varios tornillos de hielo, cuatro piolets, todo tipo de pitones de roca, un juego de friends y otros tantos empotradores, aparte de dos cazadoras (una roja y otra amarilla) impermeables y transpirables, botas plásticas para crampones automáticos y mil y una historias. Yo sólo tenía lo necesario. Ropa, calzado, crampones, dos piolets (de 2º mano), algunos friends, un casco y poco más.

Pasaron los 6 días casi sin enterarnos, y sin comerlo ni beberlo nos encontrábamos a las 4:30 de la madrugada metiendo las cosas en el coche.

No paraba de repetirme que se me olvidaba algo.

A pesar de ser finales de mayo, el frío estaba presente y el extraño nerviosismo de hacer una nueva cima, iba creciendo a cada minuto que pasaba.

De camino a Benasque, Luismi tuvo que parar varias veces para ir al baño, tenía descomposición. Seguramente por las cuatro naranjas que se había comido para desayunar.

Ya en Benasque, población oscense situada a una altura de 1.138 metros, seguimos por la carretera del Valle de Esera, donde Luismi vuelve a quejarse por los retortijones.

Volvemos a parar, esperando que no se estropee la ascensión por el problema gástrico, y es que por una cosa así se puede ir al garete cualquier expedición preparada durante meses.

Continuamos unos 11km. hasta el desvío a la derecha, que nos lleva al Hotel Hospital de Benasque (1.730 metros) donde Luismi para de nuevo.

— ¿Otra vez, tronco? - Digo un poco cabreado.

— Tranquilo, voy al hotel a pedir me den un astringente.

Provistos de casi todo y con exceso de equipaje (como siempre),

nos dirigimos hasta el Plan de Besurta, donde termina la carretera y se encuentra el aparcamiento de la Renclusa, a 1.850 metros

10:15 de la mañana.

Sentados en el capó del coche, comemos unos enormes bocadillos, de casi una barra, para quitar peso a la mochila. Luismi, por inercia se hace un porro mientras aun estoy engullendo mi comida.

— Tienes que dejar ese vicio Luismi. - *Le digo en plan “Papá”-*

— Tranquilo tío, ya sabes que sólo me fumo dos cada vez que vengo a la montaña. Uno cuando empiezo, y otro cuando estoy en el pico. No es un vicio, es una manía.

Mientras Luismi se lo fuma, hablamos de subir con la tienda por si cambia el tiempo. Estamos riéndonos por alguna chorrada y aparece un guardia civil por detrás. Luismi es rápido y tira el porro lejos. Pero el olor nos delata. Esto nos retrasa dos horas más de lo previsto, ya que los guardias nos obligan a sacar todo lo colocado durante días en las mochilas.

A pesar del minucioso registro, no encuentran el otro trozo de hachís, que Luismi había metido inteligentemente en su oreja (¡Puaj!). Cargamos con el pesado equipaje y cerramos el coche, sabiendo que nos separamos de nuestra única fuente de calor, durante por lo menos 2 días. El tiempo no estaba acompañando y tendríamos que esperar, casi seguro, a que pasasen estas negras nubes.

El camino hasta el Collado de Barrancs se hace pesadísimo. Habíamos decidido no parar, pero llevamos demasiado peso y el cansancio nos puede. Perdemos más tiempo debido a esas paradas.

Al llegar a la arista de Salenques llevamos cinco horas andando. Decidimos parar a comer, así quitar más peso y luego ir hasta el Glaciar del Tempestades, donde instalaríamos el campamento base. En la media hora que tardamos en comer, el frío ya se ha apoderado de nuestros dedos y decidimos salir antes de que la noche nos pille a medio camino del glaciar.

18:30 de la tarde

La noche llega, y con ella el frío y el viento helado. Nos vemos obligados a caminar con la linterna frontal por peligrosa e incomoda nieve virgen.

Llegamos al glaciar a las 19:30.

Montamos la tienda demasiado rápido y se nos olvida poner nieve alrededor, para evitar que se vuele por los fuertes vientos.

Efectivamente a eso de las tres de la madrugada me despierto dando vueltas con la tienda. Después de unos cuantos revolcones, conseguimos sujetarla con nuestros cuerpos. Todo está revuelto. Fijamos la tienda y luego colocamos lo del interior. Luismi se hace un corte en la muñeca con uno de los crampones que se salió de una mochila. No es mucho, pero no llevamos el botiquín.

— ¡Eso era lo que se me olvidaba!

Con un pañuelo, se lo envuelve y parece que deja de sangrar. Debido a estos percances, se nos echa la hora encima y nos dan las 04:30. Como nos íbamos a levantar a las 05:00, nos quedamos hablando hasta que suenan las alarmas de los relojes.

En esa media hora, recordamos ascensiones anteriores, como las de Picos de Europa en la Torre de la Collada Ancha con 2.342 metros, la Torre de las Tres Marías con 2.417 metros y mi primer 3.000: el Gourgs Blancs con 3.129 metros en los Pirineos.

06:00 de la mañana

Tenemos suerte, el día es claro y no hace excesivo frío.

Luismi saca los mapas y me enseña cuál es la vía que había elegido. Su nombre es Gran Blau (400 metros), con nueve largos. Predominando los 60° de desnivel.

Llegamos a la 7:30 a pie de vía.

Los tres primeros largos, los sube Luismi con sorprendente rapidez. Yo, debido al tiempo que llevo sin tener contacto con la montaña, me cuesta mucho llevar su ritmo. El 4°, 5° y 6° lo hago yo.

Subo poniendo pitones en los pocos huecos de roca que encuentro, con algún tornillo de hielo poco fiable, clavando mis crampones con fuerza en el hielo-nieve. Estoy muy cansado, y el sol ya pega en algunos tramos haciéndome hasta sudar.

Hablamos lo justo y necesario para el trabajo.

Luismi pasa delante de mí y comienza, sin descansar, los últimos tres largos. Luego es un paseo hasta la cumbre.

Luismi llega a la cima, se sienta y se hace el porro. Entre risas y toses, me señala al verme llegar y tirarme de espaldas a la nieve.

Nos hacemos las correspondientes fotos de cima y decidimos bajar en rapel por la Brecha de Tempestades, sin perder más tiempo, ya que algunas feas nubes se están formando sobre nuestras cabezas.

No vemos reuniones para rapelar, por lo que laceamos una roca con un cordino de 4m y atamos la cuerda en doble para bajar por ellas los 50m que tienen.

Bajo yo primero y cuando llego a los nudos que hemos hecho en las cuerdas sigo sin ver reuniones montadas, así que me balanceo con los pies para llegar a una pequeña repisa donde hay una fisura que puede clavarse. Mientras coloco el clavo y Luismi baja a mi lado, el tiempo cambia radicalmente.

El viento nos azota en la brecha y clavamos otro pitón en la roca para montar otro rápel.

Tanto material y sólo podemos poner clavos - pienso - menos mal que llevamos bastantes

Al tirar de las cuerdas casi se nos enganchan por culpa del viento que las sube y las lleva hacia arriba de manera espectacular.

Decidimos atar las mochilas con los sacos que hemos subido, comida, agua y demás cosas para un posible vivac improvisado, para evitar así que las cuerdas vuelen sin control.

Estamos en estas cuando comienza a nevar y el viento nos vapulea como trapos en un tendedero.

El material (sacos, comida etc...) cuelga ahora de una de las cuerdas a 50 metros pero decidimos no arriesgarnos a bajar hasta que mejore el tiempo y pensar en montar algo para vivaquear por si la cosa no cambiaba en poco tiempo.

Mientras, yo recojo la otra cuerda y la engancho al pitón donde está Luismi.

Sabemos que si no recogemos la cuerda que sujeta nuestras cosas, caerán al vacío y probablemente lo perderemos todo así que decidimos izarlo tirando de él, sin usar los jumars ni polipastos, para ahorrar tiempo.

Llevamos recogidos unos 20 metros de cuerda que Luismi va enrollando en su brazo izquierdo. Me fijo en que su mano esta sangrando. "Luismi... tu mano". De repente debido a la tensión que estamos ejerciendo sobre los pitones de la fisura salta el de Luismi y este sale despedido con el peso de las mochilas y la cuerda que suelta instintivamente mientras empieza a deslizarse por su brazo izquierdo.

Veo como la otra cuerda cae al vacío sin poder hacer nada para detenerla. Reacciono rápidamente y agarro a Luismi la mano derecha. Mientra él, intenta deshacerse de la cuerda que tiene

enrollada en su otro brazo, antes de que las mochilas, con todo el material, le tiren al vacío. Pero no le da tiempo y el tirón le saca el hombro de su sitio. Luismi grita y el eco devuelve sus quejidos.

Abora los dos estamos colgados de mi mano derecha que se aferra al filo de un saliente.

La situación es extrema y los dos lo sabemos. Luismi no puede subir con un solo brazo, y yo no puedo subirle.

Los segundos transcurren lentamente, y a cada momento que pasa, se me escurren los dedos por los guantes debido al peso de Luismi y las dos mochilas. En un momento de desesperación, decido soltarme y dejarnos caer. Pero mi arnés aun sigue sujeto al otro pitón que parece haberse quedado trabado y no caemos. Aun tenemos una oportunidad de no estrellarnos contra las rocas, que están a unos 300 metros. De pronto el pitón que nos sujeta se desencaja un poco. Cojo con mis dos manos a Luismi, miro su cara y veo que me está sonriendo. De repente el viento para y la nieve cae delicadamente sobre nosotros, todo queda tranquilo durante unos segundos. Tiempo suficiente para que Luismi me diga algo que nunca podré olvidar.

— ¡César! Hazme un favor, no odies las montañas por mi culpa.

Me lanza otra sonrisa y el pitón termina por ceder. Mi mano derecha se agarra instintivamente de nuevo a la roca mientras Luismi me suelta y cae.

...